

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Sale todos los Domingos.

SOBRE UN ARTICULO DE MR. C. LANDRIN,

INSERTO EN LA PRESSE,

periódico de París, acerca de *El Buscapié* de Cervantes.

Nada hubiera sido de extrañar el que con razones mas ó menos válidas hubiese puesto en duda algun critico español la autenticidad de *El Buscapié*, ahora recientemente publicado por nuestro amigo y compatriota don Adolfo de Castro, distinguido bibliófilo, y cuya erudicion vastísima contrasta tan notablemente con sus pocos años. Nada pues nos hubiera sorprendido esto, lo repetimos; pero cualquiera que fuese acerca de este punto la opinion agena, estamos seguros de que en España al discutir libremente un hecho literario, no se habria hallado con facilidad quien acusase al jóven Castro, ni quien supiese que pudiera ser uno de aquellos hombres que especulan con la ignorancia, la buena fé ó la curiosidad de los papas de la literatura española. Muchas gracias por la parte que nos toca en el piropo.

Estaba pues guardada para la pluma de un extranjero semejante galanteria, no menos que el darse á sí propio como juez competente en materia tal como la de calificar el estilo de Cervantes, que, segun él consiste en ciertas frases y en ciertos refranes copiados palabra á palabra en las primeras páginas de *El Buscapié*; pero á medida que nos adelantamos en la lectura del libro las tales frases, este estotipadas por decirlo así, disminuyen en número; van desapareciendo poco á poco, y en fin, el moderno autor, sin

caer en ello, sustituye su propio estilo al que habia imitado de Cervantes.

Contestaremos á esto trasladando testualmente el último párrafo de *El Buscapié*, el cual, segun M. C. Landrin, tiene toda apariencia de haber sido escrito por el señor de Castro.

«De esta suerte subiendo en mi honesta mula tomé la vuelta de Toledo en aquella hora. La del alba seria cuando entré por sus puertas, y comencé de caminar por sus calles y fui-me derecho en casa de un mi amigo á tomar posada; donde proponiendo en mi pensamiento lo que habia de hacer, determiné de escribir esta mi aventura para desengaño de muchos que ven en el ingenioso hidalgo don Quijote lo que el ingenioso hidalgo don Quijote no es; y por eso quise llamar á este librito *Buscapié*, para que aquellos que busquen el pié de que cojea el ingenioso manchego, se topen (Dios sea loado) con que no está enfermo de ninguno, antes bien muy firme y seguro en ambos para entrar en singularísima batalla con los necios murmuradores, sabandijas que para su daño alimenta toda bien ordenada república. Y con esto si he acertado á darte gusto, lector amigo, yo lo tendré muy grande en haberte servido, con tal que no se te pasen de la memoria estos mis advertimientos. Y Dios te guarde.»

Aquí es donde el francés folletinista de *La Presse* no halla ninguna frase de Cervantes!! Y así gravemente decide quien traduce moribundo por molido!!

«Pobre Geroncio, á mi ver tu lo-ura es singular.

¿Quién te mete á censurar lo que no sabes leer?»

Pero sigamos con el cuento de las observaciones con que quiere probar el autor del artículo que en caso de haberse escrito *El Buscapié* no puede ser este el que se acaba de dar á luz en Cádiz.

Tres motivos, dice, son los que hubieran podido llevar á Cervantes á escribirlo. 1.º La necesidad de atraer al público á la venta de su don Quijote, acogido en un principio con frialdad ó indiferencia. 2.º La necesidad de justificar su obra respecto á ciertas alusiones ó acaecimientos de la época. 3.º El deseo de justificar la crítica que allí se hacía de la literatura caballeresca, hasta entonces tan apreciada en España.

No ha tenido que discurrir mucho Mr. Landrin para inventar semejantes reflexiones, puesto que todas ellas habían sido ya hechas por críticos españoles, y especialmente por don Juan Antonio Pellicer que las estampó en la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* puesta al frente de la edición del Quijote hecha por Sancha en 1797. Veámos, sin embargo, que valor tienen los argumentos que el crítico francés ha tomado prestados de obras españolas, sin dignarse, según antigua costumbre de por allá, citar las fuentes en donde ha bebido.

Sin embargo, todos estos argumentos flaquean por su misma base, según y como vamos á demostrar sacando las pruebas, no solo de *El Buscapié*, sino de las demás obras cuya autenticidad nadie hasta ahora ha puesto en duda.

Por mas razones que se quieran aducir para probar que Cervantes debía de estar contento con su suerte, puesto que se vendía su Quijote, la verdad es que no lo estuvo nunca, y que aprovechó cuantas ocasiones pudo para quejarse de su escasa fortuna, según se vé en el *Viage y Adjunta al Parnaso*, que no citamos por únicas, sino por mas notables en este punto. Allí dice en la primera:

«Y así le dije á Delio: no se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia te persigue,
Y así envidiado siempre y perseguido
El bien que espera por jamas consigue.»

Y mas abajo añade.

«Con mi corta fortuna no me ensaño.
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar pondero así mi daño.» &c.

Resulta de aquí, que es un error negar la existencia y la autenticidad de *El Buscapié* por la razón de que el Quijote tuvo buena acogida. Y véase como el primero de sus tres cacareados argumentos no tiene fuerza alguna.

Al hacernos cargo del segundo hemos estado á punto de dudar que el folletinista haya leído, ó por lo menos, que haya entendido *El Buscapié*, puesto que aquí toma el rábano por las hojas. En efecto, no se trata allí de justificar alusiones á personajes de la época por temor, según supone, de la inquisición. Su objeto, muy al contrario, es responder á los que le criticaban por querer combatir con molinos de viento, suponiendo que tales locuras no se usaban ya por el mundo. Por eso trae á cuento en su defensa á don Suero de Quiñones en su *Paso honroso*, y al canónigo Almela, y á Micer Oliver de la Marcha, y á Mario de Abenante, y á los otros muchos que allí cita; y he aquí, en nuestro entender, declaradas las cosas que en el Quijote no comprendieron los lectores de rudo entendimiento, personificados en el bachiller por Salamanca, en cuya boca pone esta crítica, sin duda muy general entonces, y que hoy no ha faltado, como se vé, quien la acoja y pretenda darle valor. A aquellos respondía Cervantes, y á estos responde.

«Con respecto á los romances de caballería (dice Mr. Landrin en prueba de su tercer argumento) á los que en realidad combaten el Quijote, había pasado para ellos el gusto del público. Desde 1587 solo se había impreso en España la Historia del príncipe Policisne, dada á la estampa en Valladolid.»

Equivócase también en esto el articulista francés. Don Juan Antonio Pellicer en su ya citada *Vida de Cervantes* dice así hablando del duque de Béjar.

«Es natural fuese aficionado á los libros de caballerías, como lo eran por lo comun los señores de la corte de Felipe tercero, que no solo los leían, sino que los componían. D. Juan de Silva y Toledo, señor de Cañada Hermosa, publicó la *Historia del Príncipe don Policisne de Boecia* el año de 1602, cuando Cervantes estaria acaso escribiendo la suya.»

Pero para probar que además de la citada

historia de D. Policisne, y despues del año de 1587 se habian impreso en España libros de Caballerias, no hay mas que recordar *Las sergas de Esplandian*, dadas á la estampa en Alcalá, año de 1588; la *chorónica del caballero de la ardiente espada Amadis de Grecia*. Lisboa, 1596; las partes tercera y cuarta del *Espejo de caballerias*, Zaragoza, 1623; y otros que pudiéramos traer á cuento si ya no bastase un solo caso para pulverizar sin réplica la decision *ex-cáthedra* del estrangero folletinista.

Con abundancia de razones y con esquisita copia de erudicion ha contestado ya nuestro amigo el señor de Castro á la diatriba malamente disparada contra su honradez desde las turbulentas orillas del Sena. Para respuesta hubiera bastado su escelente artículo si alargando las zancas al compás no nos hubiera favorecido á otros Mr. Landrin con el cultisimo epiteto de *papa-natas*. Tomamos, pues, la pluma así para la defensa agena como para la propia, y aunque no presumimos haber dicho nada nuevo, creemos se leerá este nuestro artículo con indulgencia por cuantos celosamente se interesen en las glorias literarias de España y en el justo premio de alabanza y honra á que se ha hecho tan acreedor un dignisimo hijo de este suelo, gaditano al que Mr. Landrin, en sus pretensiones de agudo, llama *tierra clásica de la exageracion y del puff* (charlatanismo).

F. E. A.

A MI APRECIABLE AMIGO D. E. GARCIA.

Pasan las horas fugaces:
y en pos de si solo dejan
desvelos que al alma aquejan.
con violento torcedor;
pasan, cual sobre la roca
las ondas del mar sonoro,
mas ¡ah! que solo traen lloro
horas de tanto dolor:

Yo, un tiempo, las ví cruzar
ricas de luz, de colores,
cuando brotaban mil flores
só la huella de mi pié,
cuando volaban risueños
en pos de un año otro año,
sin que el negro desengaño

mostrara su faz cruel.

¡Cuán grato entónces me era
esta vida, ya sin gloria;
¡cuál cruzaba mi memoria
de un placer á otro placer!
placeres tan inocentes
como de un ángel la risa,
como el soplo de la brisa
que se pierde en un vergel.

Huyeron tan ledas horas,
se oscureció luz tan bella
y sepultóse mi estrella
bajo un lóbrego crespon;
rasgóse de mi ignorancia
el siempre envidiable velo
y lo que antes era un cielo
en caverna se trocó.

Desperté de aquel letargo,
se agitaron mis sentidos
tan dulcemente dormidos
en el tálamo infantil.
y mil nuevas impresiones
azoraron mi existencia
trocándose mi inocencia
en un zafar sin fin.

Y para mi hermosos seres
engañadores se alzaron,
y mis labios pronunciaron
la falsa palabra amor;
y entonces imaginé
caer de dicha en un abismo....
todos creemos lo mismo
en la primera ilusion.

El respiro de la brisa,
de la noche el manto umbrío,
el bosque, la mar, el rio,
colmábanme de placer:
hoy me abruman esas auras
y esos bosques, y esos mares,
solo me quedan pesares
de mis recuerdos de ayer,

Por eso envidio tu calma
mortal nacido en tuen hora,
para gozar, seductora
la carrera de tu edad:
que para tí no hay pesares
ni el mal te tiende sus alas
ni la amarga queja exalas
de la triste adversidad:

¡Ah! quién como tu gozoso,
pudiera existir en calma
sin abrigar en el alma
de un volcan todo el ardor:
¡quién indiferente al mundo
burlar pudiera entre flores
esos ensueños de amores
que abrasan al corazon.

Decretos, son insondables,
y la ley de mi destino
es, nunca hallar un camino
do luzca un sol de verdad;
tu le hallaste hermoso, alegre
yo, ya lo veo oscuro y triste.....
tú para gozar naciste
yo nací para llorar.

(Remitido.)

J. J. de Arenas

Costumbres alemanas.

Sostiénese que en Alemania no hay vida pública, sin embargo la vida privada tiene el carácter de pública, y puede servir de comentario á las observaciones acerca de la modestia, gravedad y profundidad de los alemanes, ese furor de señalarse que domina á las gentes de aquel país, y al cual todas las clases de la sociedad están sujetas en mayor ó menor escala, estándolo sobre todas el vecindario mediano. No solamente es impelido el lujo en los vestidos hácia un grado increíble y desproporcionado con el estado medio de las personas; no solo el artesano se ruboriza por el oficio que ejerce, y trata de ocultar su denominación acomodándolo de otros mas pomposos (el sastre es fabricante de vestidos, el zapatero tiene un almacén de calzado de su propia fabricación, etc.), se ambicionan mas; todos quieren ver impreso su nombre, se desea entretener al público con sus hechos y proezas; es menester que la vida familiar, esa fábula de mitología tan arraigada en todas las novelas escritas, respecto la Alemania, rebose por fuera, y que la dicha particular se convierta en la de toda la población.

El sábio est. suscrito á sus periódicos literarios y sus correspondientes folletos, estacada donde sin cesar combaten las individualidades, donde una crítica se atrae una respuesta, y una contra-respuesta la continuación. Al vecino le reparten sus lindos *Diarios de Avisos* en que deponen placeres y dolores, simpatías y enojos; la mejor fuente de la historia moral é intelectual de las clases medias de Alemania la vemos editada en una colección de *Diarios de Avisos* de varias localidades. Allá van algunas muestras. El *Diario de Avisos*, ó sea la *Inteligencia*, contiene los acuerdos de la policía, los innumerables y apremiantes invitaciones de los tratantes en vino, las de los cerveceros, propietarios de jardines públicos y salones de baile, cuartos para alquilar, piezas amuebladas para caballeros de distinción, casas en venta, etc.; y fuera de eso, el estado oficial de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Bien que en estos últimos casos debe cada vecino extender de propio puño su anuncio especial, y ver su letra representada formando parte del diario.

Viene á continuación el anuncio de los esponsales: «Los infrascritos juzgan de su honor participar á sus amigos y conocidos su desposorio celebrado anteayer.—*Edmundo S., Lucila M.*»

Si el desposado es hombre de garbo, firma en último lugar. Y repiten el anuncio los padres de ambos desposados.

En caso de rompimiento, el padre de la muger hace que se inserte una nota concebida así.

«Me cabe el honor de anunciar que he disuelto el proyectado enlace de mi hija con el señor don Edmundo S.»

Aquí le salen á don Edmundo los colores á la cara de puro incomodado, y responde inmediatamente:

«Yo soy el que ha disuelto el proyectado enlace con la señorita Lucila.»

Iguales fórmulas se usan para los matrimonios. Semejantes anuncios son generalmente sencillos; nada ofrecen de escéntrico. Ya es muy diverso cuando se hacen saber los nacimientos y defunciones.

Es cosa natural la alegría por un nacimiento, y la dicha se hace comunicativa. De tal modo se leen con frecuencia avisos de esta naturaleza:

«A mis diez hijas se les ha unido finalmente un niño. ¡Alabado sea Dios! ¡Regocijense conmigo todos mis amigos y conocidos!»

O si no:

«Mi tierna esposa Paula, hija de N., acaba de sorprenderme y alegrarme con un infante vivo y travieso. Lo que tengo el honor de participar, etc.»

O de este modo:

«Dos gemelos han venido á ampliar el ya dilatado círculo de mi familia dando un nuevo remonte á mis sentimientos paternales. Dificultoso ha sido el parto; pero ¡gracias á Dios! ha terminado satisfactoriamente, etc.»

O así:

«Tras diez años de esperanzas fallidas, mi querida esposa Ida de N. me ha regelado en fin con una hechicera hijita, etc.»

Acontece ver pintados en simples anuncios todo el candor de los buenos de los alemanes. Sea ejemplo:

«Me complacez sobremanera en hacerle a usted sabedor de que he dado á luz una hija.»

«Por mi esposa,

Cárlos W...»

Los fallecimientos prestan aun mayor campo á los comentarios. No hay nada que decir en que se describa la última enfermedad, que se estampen los títulos del difunto, la duración del tiempo de sus cargos, su edad, etc.; son sin embargo insoportables los lamentos románticos, los accesos de dolor y los alaridos de desesperación de que en algunas ocasiones nos llenan las páginas enteras del *Diario*. Esto es hacer un papel sumamente nimio. Los franceses, como á desgracias de la facultad sentimental, no pueden comprender estas cosas.

«El Dios de bondad se nos ha llevado á nuestro hijo Gustavo, de seis años de edad, durante su viaje á Francfort.»

En el *Diario de Avisos* se llena asimismo el empleo de los establecimientos, destinados para el sueldo de esposos. Bajo este concepto se entra comunmente en lo mas minuciosos detalles.

(Continuará.)